

## Sombras y luce de San Juan

Por Rosendo Seyremont

Mil noches y mil días he transcurrido por estas calles que son surcos vivientes de eternas ilusiones y sembradas melancólicas. Hombres y mujeres transcurren por ellas, fluyen por ellas cual agua turbia por un filtro secular, y en estas calles, en el invisible espectro de estas calles, dejan su impronta, la radiografía humana, el indecible eidolon, ruin o generoso, grotesco o sublime. La rambia se nutre con ideas tenaces, con fantasías juveniles, con ar-

recibo sus calles cual vasos sagrados del melodioso y mágico copón de aquel ignoto y opulento continente hoy casi totalmente ausente, que fue cuna de potente civilización y que existió antes de que existiese la masa geológica donde se asienta hoy Estados Unidos.

Al restituirse los nombres primitivos a sus calles, San Juan se ha olvidado. Los nombres de nuestras plazas y nuestras calles deben constituir un acuario de consi-

USC UNIVERSIDAD DEL  
SAGRADO CORAZÓN

# NOTA

**Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.**

mente el menudo pie de las doncellas de Catay... Y emerge esta ansiosa interrogación: renovadas nuestras rúas, ¿se renovará la lozanía de nuestra psiquis?; ¿recobrará su calidez nuestra sangre latina?; ¿se vivificará nuestro ser?; ¿se dilatará ahora el espíritu de esta urbe?

"Esta es una ciudad sin alma", solía decirme cierto amigo. "San Juan no es ya la princesa encantada de los poetas de otrora. Ya no priva aquella confraternidad, aquella solidaridad sencilla, inconsciente y efusiva que se respiraba tan naturalmente como el oxígeno, aquella concordancia anímica que imperaba, a manera de Sursum Corda cotidiano, en calles y en hogares, dentro del viejo San Juan de nuestras añoranzas. El dragón de la crematística y el confort panglossiano han des-

truido completamente en la sacra de raza y verbo de los veinte cachorros del león ibérico.

Yo vislumbro a San Juan, al través del celaje de mis esperanzas, no meramente como una base militar o antemural o paladón de las Américas, ni simplemente como metrópoli comercial, sino más bien, más sobremanera bien, como emporio cultural. Y cuando este pueblo antillano— que sin duda alguna es, por derecho natural, nuestro y no ajeno— salte el muro de contención del régimen colonial, con aquel ímpetu formidable con que Ballasar Montañez salvó ilectamente la muralla que circundaba al antiguo San Juan, entonces deambulará— redimida el alma de sus agruras— por estas ubérrimas calles del San Juan que todos amamos—calles que nun-